

Empleo y nueva división del conocimiento

El proyecto INVOC-TRAIN se ha desarrollado a lo largo de 1998-2000, tres años en los que el ciclo de crecimiento económico redujo el desempleo adulto y juvenil en Europa. Desde una perspectiva más amplia, el ciclo 1994-2000 empieza a ser considerado como el primero de la nueva economía del conocimiento

Desde mediados de los años 90 el sistema productivo ha venido culminando su reorganización saliendo de la crisis de su modelo industrial y emergiendo el nuevo modelo de desarrollo "informacional". Los acelerados cambios tecnológicos y sociales han acabado transformando y sustituyendo la vieja economía de base industrial y fordista, que requería escasa cualificación, por una nueva economía basada en el conocimiento, la flexibilización del trabajo y la innovación continua.

La estructura del empleo creado en este primer ciclo 1994-2000 pone de relieve una nueva división del conocimiento que está imponiendo las nuevas necesidades de empleo.

En este primer ciclo, los llamados empleos informacionales, que requieren una alta cualificación y una buena base profesional, han sido los más beneficiados, convirtiéndose en la locomotora de la creación de empleo en Europa.

Desde 1994, los empleos informacionales crecen en la Unión Europea a un ritmo tres veces superior que el resto, concentrando las dos terceras partes del total de empleo creado entre 1994-99.

Continúan en declive todos los empleos manuales, ya sean obreros, agrarios y los poco cualificados, confirmándose su lenta desaparición. Las necesidades del sistema productivo se agrupan en trabajos profesionales, técnicos y obreros de alta cualificación, facilitando el acceso al empleo desde diplomas universitarios y de formación profesional superior. Por su parte, el tercio creado de empleos comerciales y del sector servicios facilita el ingreso desde niveles de formación profesional media.

Sin embargo, el sistema productivo ya no crea puestos de trabajo para personas sin una cualificación reconocida. A escala europea, los creados requieren un mínimo de formación profesional.

Los jóvenes que no completan una titulación profesional reconocida se hallan más expuestos a un mayor riesgo de precariedad social y de desempleo intermitente a lo largo de la vida, ocupando los puestos y empleos menos deseados socialmente que, a su vez, van desapareciendo gradualmente.

De aquí a 10 años, el 80% de las tecnologías en uso quedarán obsoletas, acelerándose la caducidad de los conocimientos y la viabilidad de muchos empleos repetitivos y rutinarios ahora existentes.

Este proceso cuestiona la validez de formaciones profesionales muy específicas y cortas. Asimismo, hace obligatorio el acceso a competencias-clave que permita a las personas ser sujetos activos de aprendizaje a lo largo de la vida y autoconstruirse sus itinerarios en

sistemas de formación más abiertos, flexibles y coherentes, integrando múltiples rutas progresivas, nunca terminales.

Sin embargo, un 32% de los jóvenes europeos (Eurobarómetro-INRA, 1996) no sienten la formación continua como una necesidad para su empleo o para su horizonte futuro. Entre estos jóvenes trabajadores, su cualificación es considerada como mera ejecución de un simple trabajo, no teniendo necesidad de seguir nuevas formaciones sino en caso de pérdida del actual empleo.

Los jóvenes que no completan una titulación profesional reconocida se hallan más expuestos a un mayor riesgo de precariedad social y de desempleo intermitente

Incluidos en el anterior gran grupo, un 20% de los jóvenes europeos no cuenta más que con estudios básicos sin haberse especializado siquiera en la Formación Profesional. Dos de cada cinco de este segundo grupo (el 8%) se sienten completamente excluidos: suman un núcleo duro de tres millones de jóvenes, a los que hay que sumar otros 41 millones que se sienten parcialmente excluidos. Tanto unos como otros explican esta situación a causa de la precariedad o los bajos ingresos de sus familias mientras esperan que la educación y la formación les ayude a superar la desventaja familiar.

Ante la gravedad que está adquiriendo la exclusión precoz de 44 millones de jóvenes europeos, el modelo europeo de cohesión social y la estructura democrática de oportunidades que lo sustenta está siendo cada vez más cuestionados. A este elevado número de jóvenes que reconocen su exclusión habría que añadir otro gran grupo de jóvenes en los países mediterráneos (España, Italia, Grecia y Portugal) que no manifiestan sentimiento de exclusión ante el papel integrador que desempeñan las redes familiares y las redes informales en la vida cotidiana y ante el empleo.